

Liberación humana y salvación en nuestra realidad y nuestro tiempo

José Vidal Taléns

¿MENOS QUE DIOS... ?

Desde el horizonte de comprensión cristiano bajo el que vivo podría decirse que sólo Dios salva, o también que la salvación o es Dios mismo en persona o cualquier otra realidad o experiencia siempre se nos quedará corta respecto a lo que postulamos con el concepto de salvación. O es Dios o menos que Dios no puede llenar la necesidad de salvación profunda y radical que experimenta el ser humano en su vida.

Del mismo modo deberíamos decir que no hay mediador histórico de la salvación si no es el mismo Dios quien la media. Esto es lo mismo que los cristianos afirman de Jesús de Nazaret, a saber, que Dios mismo en la persona de su Hijo Jesús de Nazaret estuvo ofreciéndose como salvación a toda criatura humana, mediante el don de sí mismo que es su Espíritu Santo. Todo otro mediador histórico de la salvación que no sea Dios en persona, todo otro que se presente como «salvador», sea cual fuere la situación histórica que lo motive, acabará adoptando posturas y medidas totalitarias, contra las que pronto o tarde se rebelará el mismo pueblo que, con entusiasmo o con resignación, le había aclamado.

Los pueblos que conservan su cosmovisión religiosa oran a Dios muchas veces con el grito de Isaías: «Ojalá rasgases el cielo y bajas». La gente sueña con una salvación milagrosa de su mal racha, aunque desconfía de quienes se la ofrecen. Es verdad que de Dios uno se pueda fiar, pero al parecer no baja tan cotidianamente de su cielo, y parece que hubiera dejado la tierra en manos de los hombres. No cuesta tanto esperar que algún día vendrá la salvación. Pero, por lo que se ve, cuesta bastante creer que ya disponemos de la salvación, según confesamos en el credo nuestra fe.

Pero seríamos injustos si no reconociéramos que a lo largo de estos veinte siglos de cristianismo, la salvación ofrecida desde Jesucristo crucificado y resucitado ha dado pie a mucha esperanza por parte de mucha gente, y ha contribuido a cambiar las posibilidades del hombre sobre la tierra. Cuando Dios se ofrece como salvación en esta nuestra historia, va a produ-

cirse un cambio irreversible en ella, pero sin dejar de ser historia humana. Permaneceremos aún en la historia de nuestra libertad y responsabilidad.

¿UNA SALVACION DIGNA DEL SER HUMANO...?

Cuando Dios salva al hombre, éste permanece todavía hombre; más aún, entonces es cuando el hombre puede llegar a ser verdadero hombre, reconociéndose como «hijo de Dios» y como «libre» y «liberado para el amor». Para ello recibe un principio dinámico divino, personal y personalizador, que no nace de la carne y sangre pero que se derrama sobre toda carne, vivificándola con su presencia: el Espíritu Santo de Dios, Espíritu de libertad y de comunión. Si se trata de un principio personal ofrecido a la persona humana, su eficiencia pasa por un diálogo entre libertades: la libertad del Espíritu de Dios y la libertad del espíritu humano.

Si la salvación ha de ser más que una idea utópica o resultado de la proyección de nuestros deseos en un trasfondo ideal superador de todo condicionamiento..., si la salvación para que sea humanamente creíble ha de perder las connotaciones mágicas, milagrosas o sobrenaturales..., habremos de postular que sólo lo personal puede salvar lo personal, sólo la persona puede salvar la persona y de un modo personal, a saber, dialógico, posibilitador de la conciencia, la libertad y el amor. Dicho de otro modo, sólo el amor, la solidaridad, y la historia liberadora, pueden suscitar amor, solidaridad e historia liberadora. El Dios de Jesús no salvará de otro modo.

Entre las concepciones que el hombre religioso en general se hace de la salvación están la de poder «salvarse» independientemente de lo que ocurra en la historia humana. El cristiano, en cambio, no puede sostener ese mismo concepto de salvación si piensa y cree coherentemente a partir del Dios revelado en Cristo Jesús. La historia, y en concreto la historia de los pueblos, es esencial al concepto cristiano de salvación.

Desde el cristianismo hay que afirmar

que cuando Dios salva no salva a pesar de o contra lo humano, ni pasa por encima de lo humano, ni menos aún nos salva de lo humano. Todas estas concepciones no serían auténtica salvación digna del ser humano. Puede parecer poco que el Espíritu de Jesús, a saber, el Espíritu de Dios, habite en nosotros como don y dador de vida. Pero quizá no sea tan poco.

¿UN DIOS EN RESPETUOSO DIALOGO, QUE HACE SÓLO LO QUE LE DEJAMOS HACER...? NO SOLO.

¿UN DIOS QUE HA CONSEGUIDO HACERSE ALGUIEN ACCESIBLE AL HOMBRE!

Pensemos que desde la creación Dios habría iniciado un repliegue para dar lugar y tiempo a lo creado, y con ello también habría iniciado la historia de su autocomunicación con el mundo evocado por su amor «excesivo», sobre todo con el mundo humano, creado a imagen y semejanza suya, es decir, capaz de un diálogo de amor en libertad. La manifestación de Dios, la salida de sí mismo, el abajamiento de Dios hasta el nivel de lo humano, incluso hasta allí donde el hombre se deshumanizó, se sujetará consecuentemente a una historia, la historia de la humanidad, la que le posibilita y dificulta el interlocutor humano. En este diálogo siempre reiniciado por parte de Dios desde donde a veces el ser humano menos se lo espera, llegará un día en que el mismo Dios en persona establezca una nueva y definitiva alianza, en fidelidad a su voluntad original creadora, y en respuesta a la historia desencadenada por el ser humano. Su presencia cósmica, su presencia en la palabra de los profetas, su presencia personal en la humanidad de Jesús, culmina en su presencia no menos personal, la de su Espíritu en toda criatura (cf. Hechos 2,16-18; Joel 3,1-3). Es entonces, cuando acabamos de comprender lo que fue la creación potencial y vocacionalmente desde los orígenes (cf. Efesios 1, 4-5.9-10).

Esta nueva y definitiva alianza de Dios con sus criaturas acontecía en una «plenitud de los tiempos», que colmaba los tiempos de la espera y esperanza de tantos pueblos. Se inauguraba con la Encarnación de Hijo de Dios, por la que Dios mismo en persona asumía el destino de los que caen en la cuneta de la historia. Así desde el rostro de los pobres, desde los marginados social o religiosamente, desde la propia cruz, instituía una nueva alianza, reiniciaba una nueva creación, una renovación de la creación. Y en ello estamos, o tratamos de estar, quienes hemos creído en esta Buena Noticia. Dios se

nos ha dado tal y como desde la historia concreta humana podía dársenos, tal y como de hecho pudo dársenos, desde el rostro del Crucificado. Así es como Dios pudo hacérsenos presente en esta nuestra historia de injusticias y de víctimas. Así es como nos exhaló y nos comunicó su Espíritu Santo, su don personal (cf. Jn 19,29; Mc 15,39). La experiencia de los encuentros con Jesús resucitado y la correspondiente misión del Espíritu, así como la experiencia propiamente del Espíritu en Pentecostés, no invalidaría la experiencia histórica fundamento de todas las otras, la de la cruz, sino más bien la revalidan: el Señor y el Mesías no es otro que Jesús, al que judíos y romanos crucificaron (cf. Hechos 2, 36).

Desde entonces, la salvación que es Dios nos alcanza allí donde El se nos hace accesible:

- En la Palabra de Dios que fue y es Jesús, en las Escrituras que la plasmaron y en la Tradición viva de la Iglesia que las actualizan para cada tiempo.
- En el memorial eucarístico del amor crucificado de Dios: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su único Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Jn 3,16).
- En los rostros de los pobres, los rostros de tantos y tantos crucificados víctimas de la injusticia y la insolidaridad humanas; rostros que representan el punto de mira desde donde Dios contempla a la humanidad y el lugar de donde no nos podemos mover, el tribunal al que hemos sido emplazados (cf. Mt 25, 31-46). Si el rostro y el corazón traspasado de Jesús crucificado fue el lugar histórico desde donde Dios exhaló su Espíritu y lo derramó a toda carne, los pobres y los crucificados son hoy y siempre lugar privilegiado de la experiencia del Espíritu, o también, de la experiencia de la salvación, o al menos de la esperanza; son el lugar de las bienaventuranzas, de la Buena Noticia y la buena esperanza para toda la humanidad. La Palabra de Jesús y el Memorial eucarístico no cesan de remitirnos a este punto de encuentro donde Dios —y su salvación— nos espera: los pobres.

UNA SALVACIÓN QUE SE ACTUALIZA Y ANTICIPA MEDIANTE LOS GESTOS Y LOS PROCESOS HISTÓRICOS DE LIBERACIÓN

Esta comprensión cristológica y pneumatológica de la salvación incluye y posibilita procesos de auténtica liberación

humana. Se trata de una comprensión de la salvación, personalizada y socializadora. Por una parte, la comprensión cristiana de la salvación libera al hombre para que recobre su dignidad de «hijo», de «libre», y para que asuma su responsabilidad histórica en la construcción del proyecto de Dios, que no le es nada ajeno sino todo lo contrario. Y por otra parte, esta comprensión es capaz de entrar en diálogo con los movimientos históricos de liberación, aun con los que no han nacido en su seno, porque en ellos, en medio de aciertos y errores, alienta el Espíritu de Dios, en favor de la realización del proyecto creacional, proyecto de hombres libres, hijos y no esclavos, y proyecto de hombres en comunión, hermanos.

Mientras dure la historia de la libertad humana, no estamos ante la plenitud de la salvación. Sólo podemos contar con signos, realidades sacramentales, en los sacramentos de la Iglesia y en los acontecimientos de la vida. Estos signos, en virtud del Espíritu Santo, continúan y actualizan para cada tiempo el sacramento original de la salvación humana que fue y es Jesús de Nazaret, el crucificado y resucitado. La salvación de que disponemos se nos ofrece a modo de signos, anticipaciones, promesa firme pero promesa aún. El Espíritu de Dios que se nos ha dado como «prenda», no se nos impone con la contundencia de una objetividad heterónoma. Al contrario, siendo como es espíritu personal desencadena un proceso interpersonal y personalizador, provoca y convida a un diálogo abierto en medio de la comunidad humana, y presupone un diálogo interior con nuestro espíritu para que madure una autonomía solidaria con la causa de la dignidad humana. Y decir «diálogo» implica también decir búsqueda, incertidumbre, acción y riesgo, y muchas veces significará conflicto, desacuerdo, tensión, equivocaciones, rectificación, vuelta a comenzar.

Después de Jesús, el «Dios-salvador», el Reinado de Dios, el todo que es Dios, se nos da aun en la fragmentariedad de la historia, entre avances y retrocesos, y nunca sin conflictividad, en medio de resistencias poderosas. Los signos del Reinado de Dios, los signos de que Dios ha comenzado ya a reinar, son análogos en el tiempo de Jesús y en nuestro tiempo. Se trata de experiencias en que el hombre se libera de fuerzas que le oprimen le esclavizan o le degradan. Estas experiencias históricas de liberación son *signos*, para el creyente, de la fuerza operativa del Espíritu del Dios salvador.

La historia sigue siendo la misma para creyentes y no creyentes, y los desafíos resultan ser los mismos. Pero el hombre de fe se atreve a proclamar que Dios reina,

que la salvación está en marcha, que el Espíritu es fecundo, que el Reino de Dios es una presencia, que aun en su ocultamiento no deja de ser operante y eficaz. El hombre de fe se atreve a proclamar esta Buena Noticia, porque las experiencias históricas de los procesos de liberación en los que participa las percibe como signos, como anticipaciones, como prendas, de una justicia, de la que Dios nos creó capaces pero de la que aún no hemos sido capaces. Estos signos que percibe el creyente los celebra en sus eucaristías, agradeciéndolos como don y asumiéndolos como tarea: ¿cómo hacer justicia a lo postulado en la dignidad de cada ser humano? Mientras la historia continúe estaríamos aún en el tiempo de la confianza de Dios en nosotros. El Dios de Jesús, el Dios salvador, no ha significado el final de la historia, ni el final de nuestra responsabilidad. Todo un Dios sigue confiando en el ser humano y en las capacidades que su Espíritu libera en nosotros.

Parece como si todo estuviera todavía por hacer, y en parte esa sensación acierta. Sólo en parte, porque se ha hecho mucho e incluso no han faltado progresos en la línea del proyecto de Dios. Pero aquella sensación no desaparece cuando se ve que no sólo no está decidido el futuro de la vida del hombre sobre la tierra, sino que está muy amenazado. Con todo, el Espíritu de Dios ha comprometido su Palabra en que se le va a hacer justicia al ser humano. El amor de Dios que mueve el universo no se resigna al fracaso. Y sería firmar el finiquito por parte de Dios, sería reconocer su fracaso, si el hombre no fuera capaz de incorporarse libremente en los trabajos de la justicia, en los trabajos en favor de los derechos del hombre, reclamados por un Dios crucificado. El futuro sigue jugándose en el campo de la historia humana y sus pueblos. Y el futuro absoluto que es Dios se ha comprometido en dicho juego, si bien sin dejar de ser nunca auténtico futuro absoluto, fuente del humano esperar contra toda esperanza.

Así pues, la salvación que Dios ha pensado para el hombre incluye el levantarse, tomar la propia camilla y ponerse a andar; y, ciertamente, no nos exime de nuestros esfuerzos por la liberación de toda postración humana.

Aquí y ahora, en nuestra realidad valenciana y en nuestro tiempo, la historia aún abierta del pueblo valenciano y sus gentes, nos presenta una serie de retos y tareas, que vienen a ser signos de nuestros tiempos donde la salvación de Dios espera hacerse históricamente «significativa», para este pueblo y para el resto de pueblos de la tierra.